

## V

# LA CULTURA MEXICANA

### 1. En El Ciclo De La Modernidad

Los tiempos que vivimos se caracterizan por el final del ciclo de una modernidad donde la razón científica y calculadora absolutizó las ideologías y se desentendió por completo de la subjetividad, en razón de que empañaba la limpieza del proceso objetivo del conocimiento. Y el sujeto terminó por perderse en el objeto. En breve: las ideologías absolutizadas dominaron a los hombres y los unidimensionalizaron.

Ahora empieza el otro sentido de la pendulación: se desprestigian y se colapsan las ideologías. Entre los escombros resurge la subjetividad humana, que se tenía por ya muerta y sepultada. Ahora empieza a mirársele como un fantasma, con el impreciso nombre de Post-modernismo.

La caída de la ideología comunista, en el 89, aún produce desconcierto y silencio. La crisis de la economía mexicana de fines del 94, puso al descubierto las secuelas que el capitalismo deja en los países periféricos. Sin embargo, la ruina económica descubre la grandeza de un potencial humano que había sido despreciado.

### 2. La Alternativa En La Crisis Actual: Desde El Pobre

Ya vimos los aspectos económicos, sociales y políticos de la crisis. Ahora, hay que mirar de frente a este hombre que ha soportado la crisis, tratando de llegar al fondo de ella.

El gran revelador es el ser humano desnudado de todo tener, el pobre. Ha sido condenado a muerte prematura e injusta, no sólo en lo económico sino en lo cultural. Ha muerto a su propia lengua, costum-

bres, dignidad, alegría, fiestas y sueños. Ha muerto a la igualdad con los demás, a no ser considerado digno de escucha o de diálogo. Ha muerto a la gratuidad de dar y recibir amor. Es descalificado, como desigual, como digno sólo de lástima y explotación.

Este ejército de muertos es el que mayor desafío presenta al sistema. Está latente en todas las culturas y subculturas tanto más cuanto viven en mayor marginación. Como en símbolo y prototipo se ve ostensiblemente en los indígenas de Chiapas, en su cultura natural, independientemente de Marcos y del Ejército Zapatista. Son los que, por vivir en ultratumba, se vieron libres de esta contaminada civilización. Pobres, pero libres. Con su muerte dan testimonio incontenible de la gratuidad de la vida. Y van por sus fueros.

### **3. Contra la Corrupción y la Falsedad**

Sin embargo, no sólo se manifiestan las potencialidades de la condición humana en los pobres. Quedan también patentes sus grandes deficiencias, unas congénitas y otras provocadas o incitadas por el sistema de gobierno en que hemos vivido por largas décadas. El sistema ha corrompido al pueblo, y

el pueblo al sistema, en un círculo vicioso de dimensiones descomunales. Si el pueblo no fuera corrupto, muy difícilmente se explicaría la larga permanencia de la corrupción en el gobierno. Todo lo cual queda todavía más patente en la crisis.

Dejemos de lado corrupciones notables del pasado, como aquella que le permitió a Cortés venir de Cuba a México, o la de los abusos de la Primera Audiencia que provocaron un cambio urgente. Entre los nuevos miembros llegó el afamado jurista, Don Vasco de Quiroga.

Lo decisivo es que el pueblo de México no ha llegado, en buena parte de la vida nacional independiente, a de tener un maduro consenso sobre lo que significan en la vida pública las leyes de la nación. Los mexicanos estamos acostumbrados y obligados a escamotear la ley para poder hacer lo prohibido, cuando nos conviene. Desgraciadamente corre una opinión bastante extendida sobre el oficio del abogado: el que sabe cómo eludir la ley. Las únicas normas sociales que apreciamos son las costumbres ancestrales y las que se refieren al clan y al compadrazgo.

De esto el mexicano no ha sido el principal culpable. Siempre se le ha aplicado la ley como un instru-

mento de coerción que maneja el poderoso y, casi siempre, extranjero: en la colonia y después, en las intervenciones de otros países. Y cuando no se siente la ley al servicio del bien común, entra el revanchismo de querer utilizarla en bien propio. Por eso el pueblo corrompe, y el administrador de la ley se corrompe. El legislador dicta leyes sin ton ni son, con un inmediatez asombroso. La mala legislación se presta a una burocratización de infinitas condiciones por llenar. Y en cada una de ellas "hay que aceitar la maquinaria para que funcione". Finalmente el ciudadano logra obtener, con influencias y con su bolsillo, lo que quería.

La conclusión se impone dolorosamente: el tan repetido Estado de Derecho es más una ficción que una verdad. El círculo vicioso de la corrupción se ensancha constantemente entre derechohabientes, administradores y legisladores. A todo esto viene a sumarse ahora el enorme problema del narcotráfico.

Ahora bien, la corrupción no sólo destruye el derecho y la justicia. Invalida también la verdad e instaura la mentira. Desde muy temprana edad el niño prefiere la mentira a la verdad. Realiza en su vida falsa lo que jugaba de niño

como ficción: "y que yo era licenciado, y que yo era doctor, y que con esas condiciones, yo era secretario de educación".

La falta de verdad destierra de la realidad y aísla de la convivencia en diálogo y confianza. El primer aspecto de la verdad es helénico. Abarca tanto la ecuación entre el enunciado y la realidad, esto es, la verdad (opuesta al error), como la ecuación entre la intención del sujeto y el enunciado, es decir, la veracidad (opuesta a la mentira). El segundo aspecto de la verdad es semítico. Porque la verdad no sólo es conocimiento. Es también valor. Y para vivir este valor el sujeto tiene que hacer la verdad. Si no lo hiciera habría frivolidad o falta de fidelidad. Para hacer la verdad, el hombre tiene que confiar en sí y en los demás, en lo más profundo de sí y de los demás, con fidelidad y confianza hasta la última realidad. Gran impedimento son muchos de los medios de comunicación: desinforman y muchas veces están al servicio del mejor postor. Pero sobre todo atraen la atención prodigando el oropel y la pura forma. Ni dicen la verdad, o al menos toda la verdad, ni oportunamente, cuando todavía es posible la acción.

La mezcla de error, mentira e inautenticidad desdobra las obras humanas en un dualismo destructor: el fondo y la forma. El fondo se quiere que se esfume. Hay un proverbio político, atribuido a D. Jesús Reyes Heróles, que dice: en política, la forma es el fondo. Una interpretación lo entiende en el sentido de que el fondo es la forma, de que lo único que cuenta es la forma. Se trataría de una política de fácil engaño, de oropel.

Injusticia, error, mentira, inautenticidad y sólo forma confluyen en desprestigiar el valor trabajo, ya muy devaluado. Ya lo dice el dicho popular: "que trabajen los tontos, porque los vivos viven de ellos". Al desprestigio del valor trabajo, ha contribuido fuertemente un factor religioso decisivo, una teología católica, cómplice, que exclusiviza falsamente una afirmación del pasado: el trabajo es el castigo del pecado. La conclusión la saca inmediatamente el pueblo: trabajar lo mínimo, porque es un castigo. Los católicos tienen también otra tradición muy rica, inválida en México: el trabajo es una auto-realización indispensable del hombre y su capacidad creadora.

El tejido social mexicano está enfermo de corrupción y de

mentira. No basta cambiar las ideologías ni las instituciones ni los partidos políticos, mientras el pueblo siga dispuesto a salirse con la suya frente a la realidad y la ley. Más: es más fácil seguir gobernando ahora en la mentira y la corrupción que en la verdad y la honestidad. Y lo fácil, aunque no sea duradero, es preferido.

Sin verdad ni justicia no es posible vivir en sociedad ni simplemente vivir. La propia vida se hace botín del más experto en corrupción y mentira. Y cuando éste distribuye los bienes, como vivienda, educación, alimento, salud y trabajo, distribuirá sólo mentira y corrupción. Ni permitirá ninguna democracia verdadera, en la que se acepte el valor de todos y cada uno de los hombres.

#### **4. Sanear la Sociedad**

Verdad, justicia, honestidad y autenticidad no pueden ser características sólo de los individuos aislados. Sustentan los significados y valores de un común modo de vivir. Son el mayor capital humano. Y sólo cuando se hacen cultura pueden desencadenar el crecimiento de la sociedad, el establecimiento de la política, el reajuste de las instituciones y la crítica de las ideologías. Se relativiza el poder



por el bien común. El cual, junto con la dignidad humana, da prioridad al trabajo sobre el capital.

Se deslegitima el abuso de poder vertical, con el incremento del tejido de la sociedad civil. EL progreso se mueve principalmente y en profundidad, no por el lucro sino por el desarrollo integral del hombre.

Lo que acontece en México hoy no es casual. Más allá de caudillos y líderes (Salinas y Marcos), más allá de violencia y ejércitos (el Mexicano y el Zapatista) más allá de recursos materiales, se muestran patentemente dos escenarios: el de la acción del capitalismo mundial y el de la reacción de las culturas, ejemplificada en el movimiento cultural de Chiapas. Insistemos tanto en Chiapas, porque es un símbolo trascendente. Bajo el Chiapas símbolo se entienden todas las culturas indígenas y muchas subculturas mexicanas, poco contaminadas y más independientes del estamento de las instituciones subordinadas al gobierno. Se resisten esas culturas a morir ante la erosión de la civilización técnica.

## **5. La Política Frente al Liberalismo Político**

Sobre esta base de la cultura mexicana se introduce el nuevo

elemento, reciente, del neoliberalismo mundial.

En último término, el neoliberalismo implica un cambio muy sustancial, pero todavía poco difundido. El cambio consiste en una transferencia del poder público que altera la noción de soberanía.

Sin cambiar el orden jurídico, el poder de hecho pasa de los tres Poderes, en las Repúblicas Federales, a la élite económica cada vez más rica y poderosa. El Gobierno subsiste y sigue aún más poderoso que antes. Pero pierde su soberanía. Depende mucho más de la élite internacional. En este sentido es donde cobra toda su densidad y fuerza las palabras privatización y reprivatización: el poder definitivo está cada vez más en manos de unos cuantos muy poderosos, privados y anónimos.

Este cambio que introduce el neoliberalismo tiene una justificación ideológica, en discrepancia con el liberalismo clásico.

Los que al presente justifican estas tesis, llamados neoconservadoras, legitiman los principios del liberalismo pero censuran como desviaciones ilegítimas las posturas a que ha llegado el neoliberalismo. Lo que hay que cambiar en, con-

secuencia, es la cultura práctica que hoy se vive.

Los neoliberales, en cambio, sostienen que lo que hoy se vive no es más que consecuencia lógica de los grandes principios liberales. No hay, pues, nada que corregir ni cambiar.

Este cambio acarrea, me refiero ya a México, una división entre los políticos liberales de la antigua usanza y los nuevos.

Los liberales clásicos estaban acostumbrados a aplicar las nociones de las libertades desde la cumbre de los poderes políticos y no se resignan a entregarlos a la cumbre de los poderes de la economía internacional ni a cuestionar la legitimidad de sus propios capitales.

Dentro del PRI, los viejos liberales están en lucha por recuperar el poder que les arrebataron los neoliberales. Un grupo muy típico es el de Fernando Gutiérrez Barrios que sale por los fueros de la mística revolucionaria y de la Seguridad Nacional, frente al entreguismo de los neoliberales. Es también muy conocido el grupo de Carlos Hank González, que trata de combinar el modo tradicional de gobernar, con cercano conocimiento del modo de ser de los mexicanos, con la eficacia

del liberalismo moderno, a través de una impecable concertación.

El PRI se acerca también a la cultura y tradición mexicanas, pero se opone determinantemente, por sus resabios izquierdistas, al proyecto neoliberal, condicionado por su modelo económico.

En el PAN también se da una división análoga a la del PRI. Los antiguos panistas, de formación jurídica, siguen siendo los enemigos clásicos del viejo priismo. Tienen un proyecto de nación basado en el derecho clásico, con inspiración cristiana, y se oponen a los neopanistas que sí aceptan el modelo neoliberal o, por lo menos, se resignan a sobrevivir con él y, sobre todo, son conscientes de su avance como partido y de las grandes probabilidades que tiene de llegar pronto al poder.

Los neoliberales tomaron el poder, en México, desde 1982 y el salinismo lo robusteció con el TLC. Su característica pragmática, los hizo olvidar la cultura mexicana y sus tradiciones. Creyeron prolongar sus años en el poder, al compartirlos con el capital internacional, aunque con subordinación definitiva al modelo económico. Tuvieron que

aceptar, además, una instauración de la democracia formal, mucho más transparente, y una aplicación más exigente de los derechos humanos, entre ellos el religioso. Aunque ya no creen en los valores tradicionales de la política mexicana, sí están dispuestos a aplicar la doctrina de Seguridad Nacional, frente a sus pequeños enemigos en la élite del poder, o frente a sus grandes enemigos en la lucha que implica su modelo económico ante las clases populares.

Prácticamente toda la clase política, con excepción del PRD, y las grandes instituciones, focalizan su atención en esa lucha por el poder y soslayan sus efectos catastróficos que está causando en las masas.

## **6. La Iglesia Católica Mexicana, entre el Neoliberalismo Americano y la Uniformidad Romana**

El aspecto religioso en la cultura mexicana sigue siendo muy importante. Sin embargo, tenemos que circunscribirnos a lo que nos parece más importante. Por ello nos referimos a la Iglesia católica. Es mayoritaria y tiene impacto cultural. Pero muchos de los temas que se tocan, se pueden aplicar también a las otras iglesias y asociaciones religiosas.

Para entender el significado cultural de la iglesia católica mexicana, desde luego en todo el continente americano, hay que tener presentes las dos perspectivas de Washington y Roma sobre las iglesias católicas latinoamericanas y sobre su clave de entrada, la iglesia mexicana. Por su mutuo influjo e incidencia, la solución que se de al problema de Chiapas es y será clave para la política de Washington y para el gobierno de la Iglesia desde el Vaticano.

### ***6.1. La Iglesia Católica Mexicana y el Capitalismo Americano***

Desde principios de los años setenta, el gobierno de Washington empezó a dar muestras de preocupación ante la consolidación unitaria que habían logrado las iglesias católicas latinoamericanas en torno a la profética reunión de Medellín (1968) cuando, al aplicar el Concilio al continente, se tomó una opción clara por la justicia y la paz de nuestros pueblos. Una iglesia católica, unida en toda América Latina, con grandísimo prestigio moral y decidida a liberar a sus pueblos, representaba una amenaza para el poder norteamericano. Así lo expresaron claramente los documentos Rockefeller y Santa Fe I y II. Para vencer decidieron

dividir. Por estrategia política decidieron enviar y respaldar una invasión de sectas, dóciles a su perspectiva política. Decidieron criticar y desactivar los movimientos liberacionistas, impulsados decididamente por Medellín y Puebla, concentrándose sobre todo en "el malo de la película", el movimiento de la Teología de la Liberación, busco emisario de su propia culpa de consciencia.

En general, la iglesia católica mexicana ha tenido una actitud poco coherente, porque parece ser aguerrida frente al dinero y al fanatismo de las sectas, más que reconocer sus propias deficiencias. Y, por otra parte, da muestras de no ver que detrás de las sectas hay un buen respaldo del poder económico de los norteamericanos. La Iglesia mexicana parece ver solamente lo inmediato y desconocer lo mediano, es decir, todo el alcance de injusticia que hace el capitalismo y, tal vez por ello, tiene una tendencia a interpretar laxamente sus atropellos éticos.

Ha manifestado su desacuerdo ético y moral con los efectos injustos del neoliberalismo económico. Lo han hecho repetidas veces tanto el Consejo Episcopal de América Latina, como los obispos centroamericanos

y, en México concretamente, la Conferencia Episcopal, el Consejo de Pastoral Social y el nuevo Arzobispo de México. Esta denuncia profética es muy laudable, pero todavía insuficiente. No sólo por lo puntual, con oscilaciones entre rigideces y excesivas flexibilidades, sino porque requiere de mediaciones para trazar un plan de acción muy conforme a la consciencia que ella tiene de su misión en el mundo.

Poco, sin embargo, dice de crítica a la filosofía que sustenta el proyecto económico, y casi nada de la consciencia que ella tiene de su ubicación en este horizonte secular y neocapitalista. Es probable que esto se deba a resabios del pasado, cuando todavía vivía aislada de su mundo, sin necesidad de **aggiornamento** (actualización). Sueña todavía en un pasado ya ido.

El documento de Puebla (nn 547 - 553) denuncia claramente la doctrina de Seguridad Nacional, por la cual la razón del Estado amenazado se atribuye facultades que legitima sin razón suficiente. En el México actual no sólo se han editado defensas de esa doctrina sino se ha hecho una guerra sucia contra tejidos sociales juzgados "peligrosos". Ni los obispos, ni los movimientos laicos han dicho una



palabra al respecto, ni denunciando los hechos, ni siquiera repitiendo los párrafos centrales de Puebla. Y en estas circunstancias, el que calla parece estar de acuerdo.

Con este marcado silencio de las grandes mayorías católicas contrasta una desconfianza constantemente repetida y sistemática de D. Samuel Ruíz, bajo el pretexto de la peligrosidad de Teología de la Liberación.

En el análisis del capitalismo actual, es muy importante considerar el nuevo estatuto que las religiones cumplen en México. Es uno de los puntos en que más difieren el antiguo y el nuevo liberalismo. El antiguo era combativo y anticlerical. El nuevo es indiferente y concertador en lo que le conviene. El fenómeno se extiende por todo el mundo y a prácticamente todas las religiones. La política general es la negociación con todo lo que pueda impedir el crecimiento del capital. Cuando cesa la hostilidad y se inicia la negociación, las iglesias se desconcertan ante la novedad del nuevo liberalismo, y fácilmente pueden caer en el engaño de que si no es enemigo, es amigable, sin llegar a hacerle crítica de fondo. Así fácilmente quedan desprotegidas y

aun subordinadas al nuevo poder económico: iglesias del sistema.

Para entender mejor la postura de la iglesia mexicana, hay que acudir de nuevo a las actitudes neoconservadora y neoliberal, que ya aplicamos a la lucha entre los partidos políticos.

La actitud conservadora defiende la legitimidad de los principios del pasado y, en función de ellos, critica como abusos todo lo que no le parece estar de acuerdo con su comprensión de los principios. Esa actitud se ha extendido a lo largo de la historia.

La iglesia ha mantenido la actitud de vivir en la doctrina del pasado con preferencia al dar testimonio del evangelio vivo en el presente. Deja la impresión de reaccionar ante lo inédito del presente como ante un enemigo. Así fue frente al liberalismo clásico anticlerical y frente al marxismo ateo. Los siente más como rivales a los que se debe oponer, que como dialogantes con los que tiene que discernir. Detrás de estas actitudes está más el motivo del poder por el que mira al enemigo, que el del diálogo desinteresado, en el que queda claro el porqué de la discrepancia, la razón intrínseca de lo que no acepta.

En el ciclo de la modernidad, la iglesia católica actuó a la defensiva ante las novedades del mundo, que le parecían inaceptables. Un tiempo de excepción fueron aproximadamente veinte años del Concilio y Postconcilio, de 1959 a 1979. Luego volvió al pasado: siente, desde su actual visión del pasado, el desvío y la hostilidad del mundo presente, sin mayor discernimiento entre lo laudable y lo censurable de la secularidad. Se enfatiza lo inaceptable. Se prepara para la lucha, con una fuerte y uniforme disciplina y una doctrina, igualmente uniforme y universal, como si la actitud intransigente fuera la fundamental.

De la defensiva parece pasar a la ofensiva para reconquistar como neocristiandad. Necesita volver a un cristianismo ya fraguado en su inculturación en los siglos pasados de Occidente, donde la iglesia tenía la última palabra sobre los valores morales, y el Estado lo aceptaba.

Pero los Estados seculares de hoy no están dispuestos a volver a esa unidad, aunque tampoco están en la actitud anticlerical de ruptura. Su pragmatismo prefiere negociar. La iglesia también. Pero como está acostumbrada a la lucha y, sobre todo, desubicada en el actual

contexto, se encuentra torpe en la negociación. Parece conceder demasiado a los poderosos.

En México, al menos en la iglesia católica, poco se cuestiona en profundidad el lugar que ella misma ocupa en este horizonte neocapitalista.

## ***6.2. La Iglesia Católica Mexicana y el Vaticano***

En estas circunstancias, la iglesia mexicana, además de resultar clave para Washington, lo es también para Roma, ya que resulta también firme cabeza de puente de Roma hacia América del Sur. Al ser debilitada por las sectas, al no oponerse abiertamente al proyecto neoliberal de los EU, resulta una iglesia dócil al Vaticano y sujeta a la uniformidad que exige el proyecto vaticano de evangelización de la nueva cultura. Particularmente, en el ya largo pontificado de Juan Pablo II. La docilidad tradicional del mexicano a la suprema autoridad reviste, en el ámbito religioso, la obediencia cariñosa e incondicional al Papa.

La iglesia católica en general, en su cuerpo de doctrina social, ha establecido con toda claridad un discernimiento preciso entre lo aceptable y lo reprochable del capitalismo

liberal (cfr. la última encíclica, "Centesimus Annus" n. 42).

Pero en su práctica cae en laxitudes disimuladoras frente al neoliberalismo y en rigideces tajantes ante sus críticos y los proyectos alternativos que parecen desestabilizar. La iglesia, en consecuencia, da la impresión de no criticar ni denunciar suficientemente los abusos concretos del capitalismo y muy particularmente **las aplicaciones concretas** de algunos de sus principios filosóficos, por ejemplo, el individualismo funesto.

Parece que no ha bastado la doctrina, porque se le ve poco encarnada en la práctica. A todo lo cual se añade la nueva política de concertación. Deja la impresión de estar despistada del sentido profundo de la reprivatización, es decir, del dejar que los capitalistas internacionales hagan de las suyas e impongan sus transnacionales por encima de la soberanía de las naciones. Un ejemplo: la actitud dura de la Santa Sede frente a las políticas de control demográfico y de campañas sanitarias sexuales, es muy diversa en comparación con la lenidad de las protestas frente a los abusos concretos de los grandes capitales internacionales, en economía política y sobre todo en los

valores que los sustentan. Llama la atención la pronta facilidad con que el Vaticano reconoció al gobierno del golpe militar en Haití.

Parece que el respeto formal del nuevo liberalismo por lo sagrado, sobre todo en las liturgias del Papa a través de los medios de comunicación, ha traído en la iglesia una actitud de silencio indulgente. Queda, pues, la impresión de que es prioritario para el Vaticano defender la doctrina segura. Luego, según las circunstancias, se aplican los principios, aunque no se de tanto testimonio en la vida secular frente al capitalismo actual.

El proyecto pastoral de iglesia universal es ampliación fiel del proyecto de la iglesia polaca ante el comunismo. Estrechó filas en torno a una doctrina tradicional y segura que apuntaba sobre todo al ateísmo comunista. Esa actitud fue respuesta defensiva a la intransigencia comunista. La iglesia compacta y uniforme se defendió por largo tiempo hasta triunfar.

Se aplica el mismo proyecto pastoral a otra batalla, ahora contra el ateísmo secular de occidente. Se vuelve a hacer acopio de la tradición heredada. En la lucha, la actitud es defensiva ante los ataques. Dos cosas tienen menos

consistencia en este plan: cierto descontento cuando el enemigo no ataca sino pretende negociar, y cierto desdibujarse del momento de la inculturación de la fe en el contexto secular, por preferir continuar con una evangelización que nació de inculturaciones pasadas y que resulta extraña al nuevo contexto. Porque va el evangelio junto con excrescencias culturales ajenas.

Estos cambios de énfasis en el anuncio del Evangelio tienen repercusiones muy importantes en México. La iglesia se desconcierta ante la actitud concertadora que ofrece el Estado y que mueve a actitudes excesivas de un respeto que inhibe y de una cierta indulgencia poco profética. La cual no deja de acarrear también ciertas ventajas, al interior de la iglesia, para un plan pastoral más uniforme, aunque menos profético y denunciante. Esto explica la extrema severidad en juzgar una Teología de Liberación que, como todo movimiento histórico, ha madurado mucho y que en su doctrina ya ha sido aceptada por el Magisterio de la Iglesia<sup>1</sup>. El rigor contra esa teología, quierase o no, milita en fa-

vor del neoliberalismo al que también le resulta bastante incómoda toda denuncia de la injusticia.

### *6.3. Washington y Roma repercuten en Chiapas*

Después de varios intentos por remover a D. Samuel, que se hicieron públicos por Mons. Prigione, se le puso un Obispo Coadjutor, Mons. Raúl Vera López O.P., con tales poderes, por cierto nunca dados al conocimiento público, que D. Samuel fue prácticamente desplazado de su Sede, sin pena ni gloria. Al que fue un fuerte candidato al Premio Nobel de la Paz, ni siquiera se le removió canónicamente, conforme a un proceso largamente anunciado, pero nunca llevado a cabo. Ni se podía, porque no había suficientes razones par ello. Desde hace dos años nosotros lo dijimos claramente.

Pero la verdad se impondrá. Tarde o temprano la historia le reconocerá a D. Samuel su carisma de profeta lúcido que intuyó la profunda crisis social provocada por el capitalismo moderno y le propuso con su acción práctica la única alternativa posible. La alternativa debe nacer desde los valores propios culturales y, mediante el diálogo, la solidaridad y la demo-

<sup>1</sup> Vergara Aceves Jesús, Coincidencia básica de la doctrina social de la Iglesia y la Teología de la Liberación, en el compromiso de fe. Christus, México, agosto de 1991, pp 17-23.



cracia, transformar las instituciones y el poder político de México.

Los que lo acusaron de meterse en política, que sí entraron en la política que le achacaban a D. Samuel, le acusaron también de fomentar la lucha de clases.

La historia dirá más objetiva y desinteresadamente quiénes fueron realmente los que iniciaron e incitaron la lucha de clases (cfr Q.A., 114 y L.E. 11 -12)), y con qué espíritu evangélico, respondió D. Samuel, no con más lucha violenta y reactiva de clases, sino desde la alternativa de los valores culturales, como única posible solución, democrática y pacífica. Desde el compromiso evangélico con los pobres y desde una iglesia libre, como institución crítica, no sometida al sistema ni a su gobierno.

La iglesia perdió China y la India, por su cerrazón timorata ante los ri-

tos chinos y malabares. Ojalá, con esta medida de práctica remoción de D. Samuel y su pastoral, bastante más libres ante el sistema, no pierda otra iglesia local, la mexicana autóctona, con enormes potencialidades para anunciar con su vida la ortodoxia del Evangelio vivo! Ojalá que la historia no reproche a la iglesia haber cometido un grave error histórico y contribuido a eliminar la única alternativa humana al actual sistema de injusticia y corrupción!

Sobre la alternativa entre el capitalismo sin rostro y la protesta cultural hablaremos en el siguiente capítulo. Es interesante ver cómo se marcan las preferencias afectivas. El capitalismo sin rostro hay desconocimiento de los que en reacción se cubren con el pasamontañas hay censura. Y lo más doloroso de todo es el tener que usar la violencia para que el Estado los vea y los oiga.